

nuestros que se fuesen con ellos á ver las naves y capitan; y como rehusaban, asíéronles para llevarlos por fuerza á que los viese Magallanes. Ellos se enojaron mucho desto; entraron al aposento de las mujeres, y dende á poco salieron pintadas las caras muy fea y fieramente con muchos colores, y cubiertos con otras pellejas extrañas hasta media pierna, y muy feroces blandaban sus arcos y flechas, amenazando los extranjeros si no se iban de su casa. Los españoles despararon por alto un arcabuz para los espantar; los jayanes entonces quisieron paz, asombrados del trueno y fuego, y fuéronse los tres dellos con los siete nuestros. Andaban tanto, que los españoles no podían atener con ellos, y con achaque de ir á matar una fiera que pacía cerca del camino, huyeron los dos; el otro que no pudo descabullirse entró en la nao capitana. Magallanes le trató bien porque le tomase amor; él tomó muchas cosas, aunque con zuño; bebió bien del vino, hubo pavor de verse á un espejo; probaron qué fuerza tenía, y ocho hombres no lo pudieron atar; echáronle unos grillos, como que se los daban para llevar, y entonces bramaba; no quiso comer, de puro coraje, y murióse. Tomaron para traerá España la medida, ya que no podían la persona, y tuvo once palmas de alto; dicen que los hay de trece palmas, estatura grandísima, y que tienen disformes piés; por lo cual los llaman patagones. Hablan de papo, comen conforme al cuerpo y temple de tierra, visten mal para vivir en tanto frío, atan para adentro lo suyo, tíñense los cabellos de blanco, por mejor color, si ya no fuesen canas; alcoholáanse los ojos, pintáanse de amarillo la cara, señalando un corazón en cada mejilla; van, finalmente, tales, que no semejan hombres. Son grandes flecheros, persiguen mucho la caza, matan avestruces, zorras, cabras monteses muy grandes, y otras fieras. Salió allí en tierra Magallanes, é hizo cabañas para estar; mas, como no había lugares ni gente, á lo menos no parecía, pasaban triste vida. Padecían frío y hambre, y aun murieron algunos della; ca ponía Magallanes grande regla y tasa en las raciones, porque no faltase pan. Viendo la falta, necesidad y peligro, y que duraban mucho las nieves y mal tiempo, rogaron á Magallanes los capitanes de la flota y otros muchos que se volviese á España, y no los hiciese morir á todos buscando lo que no había, y que se contentase de haber llegado donde nunca español llegó. Magallanes dijo que le sería muy gran vergüenza tornarse de allí por aquel poco trabajo de hambre y frío, sin ver el estrecho que buscaba ó el cabo de aquella tierra, y que presto se pasaría el frío, y la hambre se remediaria con la orden y tasa que andaba, y con mucha pesca y caza que hacer podían; que navegasen algunos días, venida la primera vera, hasta subir á sesenta y cinco grados, pues se navegaban Escocia, Noruega y Islandia; y pues había llegado cerca de allí Américo Vespucio, y si no hallasen lo que tanto deseaba, que se volvería. Ellos y la mayor parte de la gente, sospirando por volverse, le requirieron una y muchas veces que, sin ir mas adelante, diese vuelta; Magallanes se mucho enojó dello, y mostrándoles dientes, como hombre de ánimo y de honra, prendió y castigó algunos. Revolvióse la heria, diciendo que aquel portugués los llevaba á morir por con-

graciarse con su rey, y embarcáronse. Embarcóse también Magallanes, y de cinco naos no le obedecían las tres, y estaba con gran miedo no le hiciesen alguna afrenta ó mal. Estando en esta cuita, vino hácia su nao una de las otras amotinadas cazando de noche y sin advertencia de los marineros; él, aunque al principio tuvo temor, reconoció lo que era, y tomóla sin escándalo ni sangre, y luego se le rindieron las otras dos. Justicia á Luis de Mendoza y á Gaspar Casado y á otros; echó y dejó en tierra á Juan de Cartagena y á un clérigo, que debía revolver el hato, con sendas espadas y una talega de bizcocho, para que allí, ó se muriesen ó los matasen; publicó que lo querían matar. Con este inhumano castigo allanó los demás, y se partió de Sant Julian dia de Sant Bartolomé. Como miraba las enseñadas para ver si eran estrecho, tardaba mucho en cada parte que llegaba. Cuando emparejó con la punta de Santa Cruz, vino un torbellino que llevó en peso la menor nao sobre unas peñas; quebróla, y salvóse la gente, ropa y jarcias. Tuvo entonces Magallanes miedo grandísimo, y anduvo desatinado como quien andaba á tienta; estaba el cielo turbado, el aire tempestuoso, la mar brava y la tierra helada. Navegó empero treinta leguas, y llegó á un cabo que nombró de las Vírgines, por ser día de Santa Ursula. Tomó el altura del sol, y hallóse en cincuenta y dos grados y medio de la Equinocial, y con hasta seis horas de noche. Parecióle gran cala, y creyendo ser estrecho, envió las naves á mirar, y mandóles que dentro de cinco días volviesen al puerto. Volvieron las dos, y como tardase la otra, embocóse por el estrecho. La nao Sant Anton, cuyo capitán era Alvaro de Mezquita, y piloto Estéban Gomez, no vió las otras cuando volvió al cabo de las Vírgines; soltó los tiros, hizo ahumadas y esperó algunos días. Alvaro de Mezquita quería entrar por el estrecho, diciendo que por allí iba su tío Magallanes. Estéban Gomez, con casi los demás, deseaba volverse á España, y sobre ello dió al Alvaro una buena cuchillada, y lo echó preso, acusándole que fué consejero de la crueldad de Cartagena y del clérigo de misa, y de las muertes y afrentas de los otros castellanos; y con tanto, dieron vuelta. Traían dos gigantes que se murieron navegando, y llegaron á España ocho meses después que dejaron á Magallanes; el cual tardó mucho en pasar el estrecho, y cuando se vió del otro cabo, dió infinitas gracias á Dios. No cabía de gozo por haber hallado aquel paso para el otro mar del Sur, por do pensaba llegar presto á las islas del Maluco; tenía por dichoso; imaginaba grandes riquezas; esperaba muchas y muy crecidas mercedes del rey don Carlos por aquel tan señalado servicio. Tiene este estrecho ciento y diez leguas, y aun algunos le ponen ciento y treinta; va derecho leste oeste; y así, están ambas sus dos bocas en una mesma altura, que cincuenta y dos grados es y medio. Es ancho dos leguas, y mas tambien, y menos en algunas partes; es muy hondable; crece mas que mengua, y corre al sur; hay en él muchas islejas y puertos. Es la costa por entrambos lados muy alta y de grandes peñascos; tierra estéril, que no hay grano; y fria, que dura la nieve casi todo el año, y aun algunos contaban que había nieve azul en ciertos lugares, lo cual debe ser de vieja, ó por estar sobre cosa

de tal color. Hay grandes árboles y muchos cedros, y ciertos árboles que llevan unas como guindas. Crianse avestruces y otras grandes aves, muchos y extraños animales; hay sardinas, golondrinos que vuelan y que se comen unos á otros, lobos marinos, de cuyos cueros se visten; ballenas, cuyos huesos sirven de hacer barcas, las cuales tambien hacen de cortezas, y las calafatean con estiércol de antas.

Muerte de Magallanes.

Como acabó Magallanes de pasar el estrecho, volvió las proas á mano derecha, y tiró su camino casi tras el sol para dar en la Equinocial; porque debajo della ó muy cerca tenía de hallar las islas Malucas, que iba buscando. Navegó cuarenta dias ó mas sin ver tierra. Tuvo gran falta de pan y de agua; comían por onzas; bebían el agua atapadas las narices por el hedor, y guisaban arroz con agua del mar. No podían comer, de hinchadas las encías; y así murieron veinte y adolecieron otros tantos. Estaban por esto muy tristes, y tan descontentos como antes de hallar el estrecho. Llegaron con esta cuita al otro trópico, que es imposible, y á unas isletas que los desmayaron, y que las llamaron Desventuradas por no tener gente ni comida. Pasaron la Equinocial y dieron en Invagana, que nombran de Buenas-Señales, donde amansaron la hambre; la cual está en once grados y tiene coral blanco. Toparon luego tantas islas, que les dijeron el Archipiélago, y á las primeras, Ladrones, por hurtar los de allí como gitanos; y aun ellos decían venir de Egipto, segun referia la esclava de Magallanes, que los entendia. Préciáanse de traer los cabellos hasta el ombligo, y los dientes muy negros, ó colorados de areca, y ellos hasta el tobillo, y se los atan á la cinta; y sombreros de palma muy altos y bragas de lo mesmo. Llegaron en conclusion, de isla en isla, á Zebut, que otros nombran Subo; en las cuales moran sobre árboles, como picazas. Puso Magallanes banderas de paz, desparó algunos tiros en señal de obediencia; surgió allí en Zebut, á diez grados ó poco mas acá de la Equinocial, é hizo sus mensajeros al rey con un presente y cosas de rescate. Hamabar, que así se llamaba el Rey, tuvo placer de su llegada, y respondió que saliese á tierra mucho enhorabuena. Salió pues Magallanes, y sacó muchos hombres y mercería. Armaron una gran casa con velas y ramos en la marina, donde se dijo misa el dia de la Resurreccion de Cristo; la cual oyeron el Rey y otros muchos isleños con atencion y alegría. Armaron luego un hombre de punta en blanco, y diéronle muchos golpes de espada y botes de lanza, para que viesen cómo no había fierro ni fuerzas que bastasen contra ellos: los de la isla se maravillaron de lo uno y de lo otro; mas no tanto cuanto los nuestros pensaron. Dió Magallanes á Hamabar una ropa larga de seda morada y amarilla, una gorra de grana, dos vidrios y algunas cuentas de lo mesmo. Dió á un sobrino y heredero suyo una gorra, un paño de Holanda y una taza de vidrio, que tuvo en mucho, pensando ser cosa fina. Predicóles con Enrique, su esclavo, é hizo amistad, tocando las manos al Rey y bebiendo. Al tanto hizo Hamabar, y dióle arroz, mijo, higos, naranjas, miel, azúcar, jengibre, pan y vino de arroz, cuatro puercos,

cabras, gallinas y otras cosas de comer, y muchas frutas que no las hay en España, y certinidad de las Malucas y Especiería, que fué lo principal. Convidólos después á comer, y fué gentil banquete. Fué tal la amistad, plática y conversacion, que se bautizó el Rey con mas de ochocientas personas. Llamóse Hamabar Carlos, como el Emperador; la reina, Juana; la princesa, Catalina, y el heredero, Fernando. Sanó Magallanes otro sobrino del Rey, que tenía calenturas dos años habia, y aun dicen algunos que era mudo. Por lo cual se bautizaron todos los de Zebut y otros ochocientos de Masana, isla, cuyo señor se llamó Juan; la señora, Isabel, y Cristóbal un moro que iba y venia á Calicut, y que certificó á Hamabar de la grandeza del emperador Carlos, rey de Castilla, y de lo que era el rey de Portugal. Envio mensajeros Hamabar á las islas comarcanas, á recuesta de Magallanes, rogándoles que viniesen á tomar amistad con tan buenos hombres como los cristianos. Vinieron de algunas pequeñas, por ver el sano y á quien lo sanara con solas palabras y agua; ca lo tuvieron por milagro, y ofreciéronse por del rey de Castilla. Los de Mautan, que es otra isla y pueblo cuatro leguas de allí, no quisieron venir, ó no osaron por amor de Cilapulapo, su señor. Al cual envió Magallanes á rogar y requerir que viniese ó enviase á reconocer al Emperador con algunas especies y vituallas. Respondió Cilapulapo que no obedecería á quien nunca conoció, ni á Hamabar tampoco; mas, por no ser habido por inhumano, que le daba aquellas pocas cabras y puercos que pidia. Pasó Magallanes allí con cuarenta compañeros, y después de muchas pláticas quemó á Bulaia, lugar pequeño de moros. Afrentados dello a juellos de Mautan, pensaron en la venganza; y Zula, caballero principal, envió, como en gran secreto, ciertas cabras á Magallanes, rogándole que lo perdonase, pues no podía mas por causa de Cilapulapo, que contradecía la paz y contratacion; y que, ó fuese, ó le enviase algunos españoles bien armados que resistiesen á su contrario, y que le daría la isla. Magallanes, no entendiendo el engaño, fué allá de noche con sesenta compañeros bien apercebidos, en tres bateles, y con Carlos Hamabar, que llevó treinta barcas, dichos juncos, llenas de isleños. Quisiera combatir luego á Mautan; mas por lo que obligado era, envió primero á decir á Cilapulapo con Cristóbal, moro, que fuesen amigos. El respondió bravamente. Sacó tres mil hombres al campo, repartiólos en tres escuadras, púsose cerca del agua, y dejó pasar la priesa de los tiros y arcabuces. Salió Magallanes á tierra con cincuenta españoles, el agua á la rodilla; ca por las piedras no pudieron arribar las barcas. Mandó descargar las piezas de fuego y arcabucería, arremetiendo él á los enemigos. Como los vió quedos y sin daño, se tuvo por perdido, y se tornara si cobardía no le pareciera. Andando en la pelea conoció el daño de los suyos, y mandóles retirar. Peleaban gentilmente los mautaneses; y así, mataron algunos zebutines y ocho españoles con Magallanes, é hirieron veinte, los mas con yerba y en las piernas, ca les tiraban á ellas, viéndolas desarmadas. Cayó Magallanes de un cañazo que le pasó la cara, teniendo ya caída la celada, á golpes de piedras y lanzas y una herida de yerba en la pierna. Tambien le dieron una lanzada, aunque después

de caído, que lo atravesó de parte á parte. Desta mesma manera acabó Magallanes su vida y su demanda, sin gozar de lo que halló, á 27 de abril, año de 21. Muerto que fué Magallanes, eligieron por caudillo á Juan Serrano, piloto mayor de la flota, y con él á Barbosa, segun dicen algunos. El cual procuró mucho de haber el cuerpo de Magallanes, su yerno; pero no lo quisieron dar ni vender, sino guardarlo por memoria, que fué mala señal, si lo entendieran, para lo que después les avino. Entendieron en rescatar por la isla oro, azúcar, jengibre, carne, pan y otros cosas, para irse á las Malucas entre tanto que sanaban los enfermos, y tramando de conquistar á Mautan; y como para lo uno y para lo otro era menester Enrique, dábanle priesa á levantar. El, como sintia mucho la herida de yerba, no podía, ó no queria segun algunos pensaban; y reñíanle Serrano y Barbosa, amenazándole con doña Beatriz, su ama. Tanto, en fin, que, ó por las injurias ó por haber libertad, habló con Hamabar, y consejóle que matase los españoles si queria ser, como hasta allí, señor de Zebut, diciendo que eran codiciosos en demasía, y que trataban guerra al rey Cipulapo con su ayuda, é usurparle después á él su isla; que así hacian do quiera que hallaban entrada y ocasion. Hamabar lo creyó, y convidó luego á comer al Juan Serrano y á todos los que quisiesen ir, diciendo les queria dar un presente para el Emperador, pues se querian partir. Fueron pues á casa del Rey Juan Serrano y obra de treinta españoles, sin pensamiento de mal, y al mejor tiempo de la comida los mataron á lanzadas y puñaladas, si no fué á Juan Serrano. Cativaron otros tantos que andaban por la isla, ocho de los cuales vendieron después en la China; y derribaron las cruces é imágenes que Magallanes pusiera, sin mirar al bautismo que rescibieron ni á la palabra que dieron.

## Isla de Zebut.

Zebut es grande, rica y abundante isla. Está desviada de la Equinocial á nosotros diez grados. Lleva oro, azúcar y jengibre. Hacen porcelanas blancas y que no sufren yerbas. Recuece el barro cincuenta años, y algunas veces mas. Van desnudos por la mayor parte. Untanse con aceite de coco cuerpo y cabellos, y precíanse de tener la boca y dientes rojos, y para los embermejar mascan areca, que es como pera, con hojas de jazmin y de otras yerbas. La Reina traia una ropa larga de lienzo blanco y un sombrero de palma, con su corona papal de lo mesmo; lo cual, y el color de areca que tenia en la boca, no le parecia mal. El rey Hamabar vestia solamente unos pañicos de algodón y una escofia bien labrada. Traia una cadena de oro al cuello y cercillos de lo mesmo, con perlas y piedras muy finas. Tañia vigüela con cuerdas de alambre, y bebia de las porcelanas con una caña; cosa de risa para los nuestros. Teniendo cebada, mijo, panizo y arroz, comen pan de palmas, rallado y frito. Destilan muy gentil vino blanco de arroz, y encalabria reciamente. Tambien barrenan las palmas y otros árboles para beber lo que lloran. Hay en Zebut una fruta que llaman cocos. Es el coco á manera de melon, mas largo que gordo, envuelto en muchas camisillas como palmito, de que hacen hilo como de cáñamo.

Tiene la corteza como de calabaza seca, empero muy mas dura; la cual, quemada y hecha polvos, es medicinal. La carne que dentro se hace, parece mantequilla en lo blanco y blando, y es sabrosa y cordial. Si menea el coco al rededor, y lo dejan así algunos dias, se torna un licor como aceite, suave y saludable, con que se untan á menudo. Si le echan agua, sale azúcar; si lo dejan al sol, vuélvese vinagre. El árbol es casi palma, y lleva los cocos en racimos. Dánles un barreno al pié de una hoja, cogen lo que destilan en cañas como el muslo, y es gentil bebida, sana, y tenida en lo que acá el vino. Hay peces que volan, y unas aves como grajas, que llaman laganes; las cuales se ponen á la boca de las ballenas y se dejan tragar, y como se ven dentro, cómenles los corazones y mátanlas. Tienen dientes en el pico, ó cosa que lo parecen, y son buenos de comer.

## De Siripada, rey de Borney.

Los que estaban en las naves alzaron anclas y velas como supieron la crueldad, y fuéronse de allí sin redimir á Juan Serrano, que voceaba de la marina temiendo otra tal traicion; y si triste quedaba el capitan y piloto, llorando su desastre, tristes iban los soldados y marineros, temiendo otro mayor. Eran ciento y quince solamente, y no bastaban á gobernar y defender tres naos. Pararon luego en Cohol, y quemando una nao, rehiciéron las otras dos. Acercábanse á la Equinocial, que debajo della les decian estar las Malucas. Tocaron en muchas islas de negros, y en Calegando hicieron amistad con el rey Calavar, sacando sangre de la mano izquierda, y tocando con ella el rostro y lengua, que así se usa en aquellas tierras. Llegaron á Borney, ó segun otros Porney, que está en cinco grados; el lugar, digo, donde desembarcaron, que por otra parte á la Equinocial toca. Hicieron señal de paz, y pidieron licencia para surgir en el puerto y salir al pueblo. Vinieron á las naos ciertos caballeros en barcas que tenian doradas las proas y popas; muchas banderas y plumajes, muchas flautas y atabales, cosa de ver. Abrazaron á los nuestros, y diéronles cuatro cabras, muchas gallinas, seis cántaros de vino de arroz estilado, haces de cañas de azúcar, y una galleta pintada, llena de areca, y flor de jazmin y de azahar para colorar la boca. Vinieron luego otros con huevos, miel, azahar y otras cosas; y dijéronles que holgaria el rey Siripada, su señor, que saliesen á tierra á feriar, y por agua y leña y todo cuanto menester les hiciese. Fueron entonces á besar las manos al Rey ocho españoles, y diéronle una ropa de terciopelo verde, una gorra de grana, cinco varas de paño colorado, una copa de vidrio con sobrecopa, unas escribanías con su herramienta, y cinco manos de papel. Llevaron para la Reina unas servillas valencianas, una copa de vidrio llena de agujas cordobesas, y tres varas de paño amarillo; y para el gobernador una taza de plata, tres varas de paño colorado y una gorra. Otras muchas cosas sacaron, que dieron á muchos; pero esto fué lo principal. Cenaron y durmieron en casa del Gobernador, y en colchones de algodón; ca por ser tarde no pudieron ver al Rey aquella noche. Otro dia los llevaron á palacio doce lacayos en elefantes por unas calles llenas de hombres armados con espadas, lanzas y adargas. Subieron á

la sala, do estaban muchos caballeros vestidos de seda de colores, y tenian anillos de oro con piedras, y puñales con cabos de oro, piedras y perlas. Sentáronse allí sobre una alhombra; habia mas adentro una cuadra entapizada de seda, con las ventanas cubiertas de brocado, en la cual estaban hasta treientos hombres en pié y con estoques, que debian ser de guarda. En otra pieza comia el Rey con unas mujeres y con su hijo. Servian la mesa damas solamente, y no habia adentro mas de padre é hijo, y otro hombre en pié. Viendo los españoles tanta majestad, tanta riqueza y aparato, no alzaban los ojos del suelo, y hallábanse muy corridos con su vil presente. Hablaban entre sí muy bajo de cuán diferente gente era aquella que la de Indias; y rogaban á Dios que los sacase con bien de allí. Llegóse uno á ellos, á cabo de gran rato que llegaron, á decirles que no podian entrar ni hablar al Rey, y que le dijese á él lo que querian. Ellos se lo dijeron como mejór sabian, y él lo dijo á otro, y aquel á otro, que con una cebratana lo dijo al que estaba con el Rey, por una reja; el cual finalmente hizo la embajada con gran reverencia; cosa enojosa para español colérico; y los mas de aquellos ocho no podian tener la risa. Siripada mandó que llegasen cerca para verlos. Llegaron por conclusion á una gran reja; hicieron tres reverencias, las manos sobre la cabeza, altas y juntas, que así se lo mandaron. Hicieron su embajada de parte del Emperador por paz, pan y contratacion. Respondió Siripada al que le habló con la cebratana que se hiciese lo que pedian; y maravillóse de la navegacion tan larga que habian hecho aquellos hombres y navios. Ellos entonces abrieron su presente (con harta vergüenza) por haber visto mucho oro, plata, brocado, sedas y otras grandes riquezas en aquella casa y mesa de rey, y saliéronse con sendos pedazos de telilla de oro, que les pusieron al hombro izquierdo por cerimonia. Diéronles colacion de canela y clavos confitados y por confitar, y volviéronlos en caballos á casa del Gobernador, que los festejó dos noches maravillosísimamente. Trajéronles de palacio doce platos y escudillas de porcelana llenas de fruta y vianda. Sirviéronles á la eena treinta platos y mas, y cada treinta veces de vino de arroz estilado, en pequenitos vasos. Toda la carne fué asada ó en pasteles, y era ternera, capones y otras aves. Los potajes y platillos eran guisados, unos con especias, otros con vinagre, otros con naranjas, y todos con azúcar. Hubo peces muy buenos que no conocian los nuestros, y frutas ni mas ni menos, y entre ellas unos higos muy largos. Habia lámparas de aceite y blandones de plata con hachas de cera. El servicio fué todo de oro, plata y porcelanas. Los servidores muchos y bien aderezados á su manera, y el concierto y silencio mucho. En fin, decian aquellos españoles que ningun rey podia tener mejor casa y servicio. Pasearon la ciudad en elefantes, y vieron en ella cosas notables. Dióles el Rey dos cargas de especias, cuanto pudieron llevar dos elefantes, y muchas cosas de comer. Y el Gobernador les dió entera noticia de las Malucas, y les dijo cómo las dejaban muy atrás hácia levante, y con tanto, se despidieron. Borney es isla grande y rica, segun oido habeis. Carece de trigo, vino, asnos y ovejas; abunda de arroz, azúcar, cabras, puercos, camellos,

búfalos y elefantes. Lleva canela, jengibre, cánfora, que es goma de copey, mirabolanos y otras medicinas, unos árboles cuyas hojas en cayendo andan como gusanos. Andan casi desnudos, traen todos cofias de algodón. Los moros se retajan, los gentiles mean en cuclillas, que de ambas leyes hay. Báñanse muy á menudo, límpianse con la izquierda el trasero, porque comen con la derecha. Usan letras con papel de cortezas, como tártaros, que hasta allá llegan. Estiman mucho el vidrio, lienzo, lana, fierro para hacer clavazon, y armas y azogue para unciones y medicinas. No hurtan ni matan. Nunca niegan su amistad ni la paz á quien se la pide. Raras veces pelean; aborrescen al rey guerrero; y así, lo ponen el delantero en la batalla. No sale fuera el Rey sino es á caza ó guerra. Nadie le habla, salvo sus hijos y mujer, sino por cebratana ó caña. Piensan los que idolatran que no hay mas de nascer á morir: bestialidad grandísima. La ciudad donde residen los reyes de Borney es grandísima y toda dentro la mar; las casas de madera, con portales, si no es palacio y algunos templos y casas de señores.

## La entrada de los nuestros en los Malucos.

Partiéronse de Borney nuestros españoles muy alegres por lo bien que allí les fué, y por estar ya cerca de los Malucos, que con tanto deseo y trabajo iban buscando. Llegaron á Cimbubon, y estuvieron en aquella isla mas de un mes adobando la una nave. Empegáronla con ánimo. Hallaron allí crocodilos y unos peces extraños, porque son todos de un hueso, con una como sílica en el espinazo, barrigudos, cuero durísimo y sin escamas, hocico de puerco, dos huesos en la frente, como cuernos derechos, y dos espinas; en fin, paresce monstru. Tomaron tambien y comieron muchas ostias de perlas, algunas de las cuales tuvieron veinte y cinco libras de pulpa, y una tuvo cuarenta y cuatro, pero no tenian perlas. Preguntando qué tamañas perlas criaban tan grandes conchas, les fué dicho que como huevos de paloma y aun de gallina: grandeza increíble y nunca vista. En Sarangan tomaron pilotos para las Malucas, y entraron en Tidore, una dellas, á 8 de noviembre del año de 21. Dispararon algunos tiros por salva, echaron áncoras y amarraron las naos. Almanzor, rey de Tidore, vino á ver qué cosa era, en una barca, vestido solamente una camisa labrada de oro maravillosísimamente con aguja, y un paño blanco ceñido hasta tierra, y descalzo, y en la cabeza un velo de seda bien lindo, á manera de mitra. Rodeó las naos, mandó á los marineros que andaban aderezando las boias, entrar en su barca, y díjoles que fuesen bien venidos y otras muchas buenas palabras; entró luego en la una nao, y tapóse las narices por el olor de tocino, como era moro. Los españoles le besaron la mano y le dieron una silla de carmesí, una ropa de terciopelo amarillo, un sayon de tela falsa de oro, cuatro varas de escarlata, un pedazo de damasco amarillo, otro de lienzo, un paño de manos labrado de seda y oro, dos copas de vidrio, seis sartales de lo mesmo, tres espejos, doce cuchillos, seis tijeras y otros tantos peines. Dieron asimismo á un su hijo que consigo llevaba, una gorra, un espejo y dos cuchillos, y muchas cosas á los otros caballeros y criados. Ha-

bláronle de parte del Emperador, pidiendo licencia para negociar en su isla. Almanzor respondió que negociasen mucho en buena hora, haciendo cuenta que estaban en tierra del Emperador; y si alguno los enojase, que lo matasen. Estuvo mirando la bandera que tenía las armas reales, y pidió la figura del Emperador, y que le mostrasen la moneda, el peso y medida que tenían; y desde lo tuvo bien mirado todo, díjoles cómo él sabía por su astrología que habían de venir allí, por mandado del emperador de cristianos, en busca de las especias que nacían en aquellas sus islas; y que pues eran venidos, que las tomasen; ca él era y se daba por amigo del Emperador. Quitóse con tanto la mitra, abrazólos, y fué. Otros dicen que no lo supo por ciencia, sino por sueño; ca soñara dos años antes que veía venir por mar unas naos y hombres que punto no les mentían á los españoles, á señorear aquellas islas y especias. Nosotros pensamos que fué conjetura, sabiendo el mando y trato de portugueses en Calicut, Malaca, Zamotra y costa de la China. Salieron á tierra los nuestros á feriar especias y á ver los árboles que las producen. Estuvieron mas de cinco meses allí en Tidore, con mucha conversacion de los isleños. Vino á verlos, y á darse al Emperador, Corala, señor de Terrenate, que era sobrino de Almanzor (aunque otros lo llaman Colano); el cual tenía cuatrocientas damas en su casa, gentiles en ley y en persona, y cien corcobadas que lo servían de pajes. Vino también Luzfu, rey de Gilolo, amigo de Almanzor, que tenía seiscientos hijos, si ya no se engañan en un cero, pues como dicen, tanto monta ocho que ochenta; aunque como tienen muchísimas mujeres, no era mucho tener tantos hijos. Otros muchos señores de aquellas isletas vinieron á Tidore por ruego de Almanzor, á ofrecerse por amigos y tributarios del rey de Castilla, Carlos emperador, que no los cuenta. Tenía veinte y seis hijos é hijas Almanzor, y docientas mujeres, y cenando, mandaba ir á la cama á la que quería. Era celosísimo, ó lo hacía por amor de los españoles, que luego miran y suspiran y hacen del enamorado; aunque á la verdad todos aquellos isleños son celosos, teniendo muchas mujeres. Traen bragas; lo demás en carnes vivas. Juró Almanzor sobre su alcoran de siempre ser amigo del Emperador y rey de Castilla. Contrató de dar el fardel de clavos, cada y cuando que allá fuesen castellanos, por treinta varas de lienzo, diez de paño colorado y cuatro de amarillo, y las otras especias conforme á este precio. Hay en Tidore y por aquellas islas unas avecicas que llaman mamucos; las cuales son de mucho menor carne que cuerpo muestran; tienen las piernas largas un palmo, la cabeza chica, mas luengo el pico, la pluma de color lindísimo, no tienen alas; y así, no vuelan sino con aire. Jamás tocan en tierra sino muertas, y nunca se corrompen ni pudren. No saben dónde crían ni qué comen; y algunos piensan que anidan en paraíso, como son moros y como creen en el alcoran, que les pone otras semejantes y aun peores cosas en su paraíso. Piensan los nuestros que se mantienen del rocío y flor de las especias. Como quiera que sea, ellos no se corrompen. Los españoles los traen por plumajes, y los malucos por remedio contra heridas y asechanzas.

De los clavos y canela y otras especias.

Muchas islas hay Malucas, empero comunmente llaman Malucos á Tidore, Terrenate, Mate Matil y Machian; las cuales son pequeñas y poco distantes una de otra. Caen debajo y cerca de la Equinocial, y mas de ciento y sesenta grados de nuestra España; y algunos dicen que Zebut está ciento y ochenta, que es el medio camino del mundo, andándolo por la vía del sol y como lo anduvieron estos nuestros españoles. Todas estas islas, y aun otras muchas por allí, producen clavos, canela, jengibre y nueces moscadas; empero uno se hace mas que otro en cada una. En Matil hay muclia canela, cuyo árbol es muy semejante al granado; hiende y revienta la corteza con el sol, quitánla y cúrnanla al sol, sacan agua de la flor (muy mucho mejor que la de azabara). Hay muchos clavos en Tidore, Mate y Terrenate, ó Terrate (como dicen algunos), donde murió Francisco Serrano, amigo de Magallanes, y capitán de Corola, siete meses antes que llegasen allí aquellas dos naos españolas. El árbol de clavos es grande y grueso, hoja de laurel, corteza de oliva. Echa los clavos en racimos como yedra, ó espino, y enebro. Son verdes al principio, y luego blancos; y en madurando colorados, y secos parecen negros, como nos los traen. Mójalos con agua de mar. Cógense dos veces al año, y guárdalos en silos. Cógense en unos collados, y allí los cubre cierta niebla una y mas veces al día; no se hace en los valles y llanos, á lo menos no llevan fruto; y así, es por demás pensar de los traer y plantar acá, como algunos imaginan. Criar en estas partes, que son calientes, el jengibre, que es raíz, como rubia ó azafran, quizá podrían. Parece carrasca el árbol que cria las nueces moscadas; y así, nacen como bellotas, y aquel dedal que tienen es almástiga.

La famosa nao Vitoria.

Como nuestros españoles tuvieron llenas sus dos naos de clavos y otras especias, aparejaron su partida y vuelta para España, tomando las cartas y presentes de Almanzor y de los otros señores al emperador rey de Castilla. Almanzor les rogó que le llevasen muchos españoles para vengar la muerte de su padre, y quien le enseñase las costumbres españolas y la religion cristiana. No pudieron haber mas noticia de aquellas islas, de la que digo, por falta de lengua, aunque anduvieron muchas para las traer á la devocion del Emperador y para saber si aportaban por allí portugueses; y de un Peralfonso que toparon en Bandan entendieron cómo había estado allí una carabela portuguesa feriendo clavos. Partieron pues de Tidore muy alegres, por llevar noticia de las Malucas y gran cantidad de clavos y otras especias á España, y muchas espadas y mamucos para el Emperador; muchos papagayos colorados y blancos, que no hablan bien, y miel de avejas que, por ser pequeñas, llamaban moscas. Hacia mucha agua la nao capitana, dicha Trinidad, y acordaron que Juan Sebastian del Cano, natural de Guetaria, en Guipúzcoa, se viniese luego á España por la vía de portugueses con la nao Vitoria, cuyo piloto era; y que la Trinidad en adobándose fuese á tomar tierra en Panamá ó costa de la Nueva-España, que sería mas corta navegacion, y por tierras del Emperador. Partió de Tidore Juan Sebas-

Diferencias sobre las especias entre castellanos y portugueses.

Muy gran contentamiento tuvo el Emperador con el descubrimiento de las Malucas y islas de especias, y que se pudiese ir á ellas por sus propias tierras sin perjuicio de portugueses, y porque Almanzor, Luzfu, Corala y otros señores de la Especiería se le daban por amigos y tributarios. Hizo algunas mercedes á Juan Sebastian por sus trabajos y servicio, y porque le pidió albrias de que caian aquellas islas de los Malucos y otras mas ricas y muy grandes, en su parte, segun la bulla del Papa; así que se avivó el negocio y debate con portugueses sobre las especias y reparticion de Indias, con la venida y relacion de Juan Sebastian, que también afirmaba cómo nunca portugueses entraron en aquellas islas. Los del consejo de Indias pusieron luego al Emperador en que continuase la navegacion y trato de la Especiería, pues era suya y se había hallado paso por las Indias, como deseaban, y habría dello gran dinero y renta, y enriquecería sus vasallos y reinos á poca costa. Y como todo esto era verdad, túvose por bien aconsejado, y mandó que se hiciese así. Cuando el rey don Juan de Portugal supo la determinacion del Emperador, la prisa de los de su consejo, y la vuelta y testimonio de Juan Sebastian del Cano, bufaba de coraje y pesar, y todos sus portugueses querían (como dicen) tomar el cielo con las manos, pensando que tenían de perder el trato de las buenas especias si castellanos se pusiesen en ello; y así, suplicó luego el Rey al Emperador que no enviase armada á las Malucas hasta determinar cuyas eran, ni le hiciese tanto daño como quitarle su trato y ganancia, ni diese ocasion á que se matasen allá portugueses y castellanos, topándose una flota con otra. El Emperador, aunque conocía ser dilacion todo aquello, holgó que se viesse por justicia, para mayor justificacion de su causa y derecho; y así, fueron entrambos de acuerdo que lo determinasen hombres letrados, cosmógrafos y pilotos, prometiendo de pasar por lo que juzgasen aquellos que sobre el mismo caso fuesen nombrados y juramentados.

Reparticion de las Indias y Mundo-Nuevo entre castellanos y portugueses.

Era importante negocio este de la Especiería por su riqueza, y muy grave por haberse de rayar el nuevo mundo de Indias; y así, fué necesario y conveniente buscar personas sabias, honradas y expertas, así en navegar como en cosmografía y matemática. El Emperador escogió y nombró para jueces de posesion al licenciado Acuña, del Consejo Real, al licenciado Barrientos, del consejo de Ordenes, y al licenciado Pedro Manuel, oidor de chancillería de Valladolid; y por jueces de propiedad á don Fernando Colon, hijo de Cristóbal, al doctor Sancho Salaya, Pero Ruiz de Villegas, fray Tomas Duran, Simon de Alcazaba y Juan Sebastian del Cano; hizo abogado al licenciado Juan Rodriguez de Pisa, fiscal al doctor Ribera, y secretario á Bartolomé Ruiz de Castañeda. Dijo que fuesen Sebastian Gaboto, Estéban Gomez, Nuño García, Diego Ribero, que eran gentiles pilotos y maestros de hacer cartas de marear, para dar globos, mapas y los instrumentos necesarios á la declaracion del sitio de las islas Malucas, sobre las cuales era